

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL MUNDO ACTUAL

Por Angel Tello

El fin del conflicto Este-Oeste abre una época nueva en el mundo donde aparece mezclada una maraña inextricable de intereses económicos, políticos y militares y en la cual pueden detectarse fenómenos impensables algunos años atrás, como lo es hoy el resurgimiento de los nacionalismos.

¿Qué ha pasado para que la historia evolucione hacia lo que podría aparecer como un retroceso luego de decenios de internacionalizaciones de todo orden, que parecían barrer el globo y a las que nada ni nadie podía detener?

La revolución cubana de 1959 se inició con el apoyo o la tolerancia de los Estados Unidos que vieron en Fidel Castro y su grupo una forma de desembarazarse de Fulgencio Batista. Es a partir de las condiciones que los norteamericanos intentan imponer a Cuba, a través de los precios del azúcar, que Castro rompe con Washington y sella una alianza con Moscú, dejando en el camino a hombres como Camilo Cienfuegos, Huber Matos y también el Che Guevara, que no estaban dispuestos a soportar un alineamiento incondicional con la URSS que significara una división del trabajo retrógrada para Cuba.

En otro continente, los mujaidines afganos disponían de las armas y dinero de los EE UU para enfrentar valientemente a la invasión del ejército soviético en Afganistán.

La referencia era obvia, romper con uno de los centros de poder en el mundo estimulaba el alineamiento con el otro.

Algunas experiencias no entraron en este juego y sufrieron en consecuencia todo tipo de presiones u hostilidades. Quizás el caso iraní es el más demostrativo de todos. Por haber pretendido la equidistancia de las superpotencias, Teherán sufrió toda clase de embates desde ambos lados y tuvo que soportar ocho años de guerra contra Irak, éste, generosamente apoyado por la URSS, Francia, las monarquías del Golfo y, en algunos momentos, por los mismísimos Estados Unidos.

Pero antes que todo esto sucediera el General De Gaulle en Francia y Mao en China habían roto con el cordón umbilical que los unía a los EE UU y a la URSS, respectivamente, colocando la piedra fundamental de políticas no sometidas a dictados imperiales y levantando el estandarte de la defensa de sus propios intereses.

Lo que ocurrió es que detrás de estas grandes divisiones ideológicas se escondían en realidad intereses muy concretos, particulares, de las grandes potencias, declarados o no pero intereses al fin, que no siempre se recortaban con los intereses particulares de los pueblos del Tercer Mundo, o aún con intereses de los propios aliados como fue el caso de Francia y China.

Hoy los intereses se han desnudado, aparecen urbi et orbe con virulencia y en toda su magnitud, actúan de manera desembozada en tanto y en cuanto las cruzadas ideológicas han finalizado. El intento ahora se dirige a establecer una suerte de Santa Alianza, un cordón sanitario, que impida a las naciones del Tercer Mundo ejercer de manera activa y adecuada la defensa de sus propios intereses ante un mundo cada vez más desigual con un

puñado de ricos y poderosos y una multitud inestable de indigentes.

Se busca ahora consolidar un limes, como aquél que los antiguos romanos inventaron contra los bárbaros en épocas de Diocleciano, que acechaban desde sus tribus la seguridad y la estabilidad del Imperio.

Volvamos a la cuestión central: las grandes referencias se han caído y su debilitamiento como tales, o el agotamiento de sus energías, dejaron a millones de individuos y sociedades sin referencias que en otras décadas condujeron a alineamientos casi exclusivos. En este cuadro, aparece otra figura, el crecimiento del nacionalismo en los países centrales: la marcha de la victoria en Nueva York luego de la Guerra del Golfo o el creciente sentimiento antijaponés de buena parte de la opinión pública norteamericana, son evidencias del despertar del viejo nacionalismo en los EE UU, ya iniciado en la era de Reagan, y continuado por su discípulo Bush empujado, quizás, por la propia dinámica de los acontecimientos y por el fin del "imperio del mal" que tanto fustigaba el ex presidente.

El proteccionismo creciente que tiende a imponerse en las economías centrales, también contribuye desde lo económico a estimular sentimientos nacionalistas en un esquema internacional donde prevalecen intereses particulares y en el cual cada uno mira hacia sí mismo.

La ex URSS constituye un espejo donde pueden mirarse varias regiones del planeta y no vamos a estudiar aquí las disputas nacionales, muy conocidas, de rusos y ucranianos, kazaks y rusos o armenios y azeríes. Los coletazos del viejo sistema todavía están presentes para señalar al mundo el límite de lo peligroso. Más aún, Rusia, heredera de la ex URSS, aún no se ha afianzado en una perspectiva democrática y de economía de mercado. Sin embargo, esta situación de tránsito de un esquema a otro no ha de perdurar mucho tiempo más y un nuevo sistema, multipolar, se va a consolidar. En este caso, la pregunta que debemos formularnos es hasta dónde las naciones o regiones van a colocar la defensa del sistema por sobre la defensa de sus intereses en el caso de que lo uno perjudique a lo otro; en consecuencia, esta nueva realidad abre un ancho camino de incertidumbres e incógnitas.

Las referencias que durante décadas impusieron dos centros de poder no existen más como tales; este es un dato trascendente y de tal magnitud que trataremos de evaluar. En Europa occidental por ejemplo, la existencia de la Cortina de Hierro, de la división entre el Este y el Oeste, facilitó de alguna manera la implementación de políticas sociales y redistributivas del ingreso ante un mundo oriental donde, supuestamente, los pueblos tenían determinados derechos y gozaban de prerrogativas garantizadas por el Estado. Existía un contrapeso, una suerte de contrapoder al que había que sostener demostrando a los individuos que las cosas de un lado se hacían mejor que en el otro. Al Gulag se le respondió con la libertad y la democracia; con el tiempo el capitalismo demostró poseer mejores condiciones que el socialismo real para el crecimiento económico y el bienestar de los pueblos. Esto obligó a implementar sistemas capitalistas no salvajes en Europa, con un peso considerable del Estado en su funcionamiento y con importantes políticas sociales que atiendan el devenir cotidiano de los menos favorecidos. Seguros de desempleo, asistencia social y a la salud, educación gratuita y otros rubros, garantizaron un crecimiento económico en Europa occidental únicamente comparable con el "boom" de Japón.

La cuestión era sencilla entonces, se estaba de un lado o del otro, los términos medios eran mal vistos y difícilmente aceptados. Y esto no ocurrió únicamente con Budapest en 1956 o Praga en 1968. En América Latina, la República Dominicana fue vista en 1965 como si se tratara del peor régimen comunista cuando en realidad era un intento nacionalista difuso con medidas progresistas en lo que atañe a la distribución del ingreso. Quedaba entonces poco margen para la equidistancia y los andariveles eran estrechos cuando no se cerraban sobre el que intentara transitarlos. La doctrina de la seguridad nacional y su opuesta de la soberanía limitada

constituían las fórmulas de los centros del poder frente a un mundo complicado y que trataba de no caer en las áreas de influencia de Washington o Moscú por fatalidad de posición.

La derrota norteamericana en Vietnam fue interpretada por algunos como parte del avance de los pueblos y la retirada de los soviéticos de Afganistán fue tomada como un triunfo de la libertad. Alcanzaba con referenciarse a uno u otro lado para ser partícipe de una lucha global, de la cual formaban parte desde el más encumbrado dirigente hasta aquél humilde militante que desempeñaba la tarea más elemental. Cada bando estimulaba esta manera de ver las cosas y retroalimentaba permanentemente un mecanismo perverso donde era más sencillo negociar con el rival que con no se sabe quizás quién. Así fue el caso de Khomeiny, la expedición contra Khadafy en Libia o el ya citado caso dominicano.

Las pruebas más duras y difíciles, ya sea en las montañas de Afganistán o en la selva del sudeste asiático, eran asumidas con convicción desde el momento en que cada protagonista se veía como parte activa de una noble cruzada por ideales superiores. El hecho de autoincluirse en un sistema abarcador del cual en la mayoría de los casos se desconocían sus términos exactos, conformaba a cientos de miles de personas que entregaban su vida o su bien pasar con el mismo desinterés con el cual los primeros cristianos soportaron el embate de las fieras en las arenas del circo romano.

Esto, y otras cosas, nos llevó a decir alguna vez que el conflicto Este-Oeste fue una especie de gran guerra de religión similar a las del siglo XVI en Europa. Y también que estas guerras modernas terminarían como aquellas: nacionalizando las conciencias y tolerando las creencias individuales con el compromiso de lealtad al monarca y a la Nación. Religión, que viene del latín religare, unir, enlazar; es la unión entre lo terrenal y lo celestial, entre el gran objetivo y la realidad cotidiana, que aseguraba la entrega a una causa y la relación entre los miembros que componen una organización.

Una pregunta importante que deviene de la realidad actual es, ¿cómo contrabalancear una ofensiva neoconservadora y ligada a intereses nacionales que se ha descargado sobre el mundo?. En particular luego de haberse derrumbado el gran centro de poder que, con sus más y con sus menos, actuó como factor equilibrador conteniendo ambiciones de dominación total por su sola presencia.

No es tan evidente para los neoconservadores que el fracaso de los otros equivale a su victoria. Entre otras razones porque, contrariamente a las previsiones del pensamiento liberal del siglo XIX, el Estado no ha disminuido, sino incrementado su peso específico. Aún en los países capitalistas más avanzados, el Estado mantiene una fuerte presencia (Alemania y Japón) y ésta ha sido una de las banderas de las izquierdas. También porque la existencia del comunismo como enemigo interno y externo evitó a los liberales la tarea de explicar su propia visión del mundo durante décadas, lujo que no se pueden dar hoy. Al no poder justificar su existencia confrontando con el régimen soviético, ¿cómo el liberalismo podrá instalar ahora un proyecto real de sociedad? ¿Es el "sálvese quien pueda" el proyecto?.

Para contestar la pregunta más arriba formulada acerca de cómo contrabalancear la ofensiva neoconservadora, conviene observar, aunque sea de manera breve, como avanza esta verdadera catarata ideológica que no conoce límites ni fronteras.

En primer lugar recordemos aquella teoría del equilibrio del inglés David Hume en el siglo XVII cuando definía a esta como la maniobra a realizar para que una potencia no posea más fuerzas que las de todos sus rivales reunidos. De producirse ésto, se rompe el equilibrio necesario y todos los demás tienden a juntarse para contrabalancear a la potencia que exhibe aspiraciones hegemónicas. Decía Ernest Renan en el siglo XIX: "Las

naciones no son algo eterno. Comenzaron un día y se terminarán en otro. Probablemente una confederación europea las reemplazará. Pero esta no es la ley del siglo en que vivimos. Hoy la existencia de las naciones es algo bueno, necesario. Su existencia es la garantía de la libertad, se perdería si el mundo estuviera dominado por una sola ley y un solo poder".

Conviene recordar también de qué manera Europa emergió como centro de poder frente a los Turcos y frente a indios y chinos que presentaban un grado de desarrollo mayor que el europeo allá por el siglo XII. La gran ventaja relativa de la Europa de entonces fue que no existía una centralización del poder y que la fragmentación de éste permitió una difusión mayor del comercio, de la industria y del conocimiento entre los hombres. Gracias a ello, el capitalismo encontró en Europa menos trabas para avanzar que en otras latitudes y esto otorgó a ingleses, franceses, holandeses y alemanes una ventaja relativa destacada si se los compara con turcos, chinos, indios o siameses.

La tendencia hacia una concentración excesiva del poder genera fuerzas contrarias a favor de la fragmentación y así puede verificarse desde los albores de la humanidad en el marco teórico que Hegel trató de interpretar con su dialéctica. No olvidamos que tanto Hume como Montesquieu, cuando estudiaron el equilibrio entre entidades soberanas y al que observaron como algo bueno, que iba en el sentido del progreso, partieron de la premisa de condenar lo que para ellos se denominó el "imperio universal"; es decir la denominación única, exclusiva y excluyente, por parte de una sola potencia y que también resumió el filósofo francés citado cuando sostenía "si la monarquía de los Borbones se extiende demasiado hacia Lituania o Hungría, los nobles de estos lugares rechazarán cada vez su obediencia hacia el poder central".

Los EE UU, vencedores de la confrontación con la ex URSS, intentan ahora en erigirse en gendarmes del mundo, en el número uno, el único, en aquél que tiene el derecho de decidir qué es bueno o malo, qué se puede o no se puede hacer. El gobierno de Reagan inició en los ochenta esta política partiendo del rearme moral y militar norteamericano y obligando al resto del mundo, elevadas tasas de interés mediante, a pagar la política reaganiana. No solamente para ello se propició un rol creciente del Estado en materia de investigación e inversión (la IDE por ejemplo), sino que se echaron las bases para un poderoso nacionalismo norteamericano que hoy se manifiesta en un encono profundo hacia los japoneses y que tuvo un momento álgido en el ya comentado desfile de Nueva York. Obviamente, durante todos estos años la política hacia el resto del mundo eran los ajustes económicos para pagar las deudas e ignorando lo social.

El gasto elevado de Washington en armamentos le ha quitado capacidad competitiva frente a otras naciones que, no teniendo este compromiso, contaron con recursos para inversión en tecnologías avanzadas, ciencia, educación y mercado interno. Este es el caso de alemanes y japoneses que se hallan hoy en una situación de ventaja relativa frente a los norteamericanos. Pero debe observarse también que la caída de la URSS otorga un margen de maniobra mayor a las naciones industrializadas para aceptar o no la tutela de los EE UU. Protección a cambio de adhesión no tiene la misma fuerza hoy que años atrás y esto se hará sentir en el plano económico, político y militar.

La revolución francesa de 1789 abre una época en el mundo que podría caratularse como del nacionalismo triunfante. Desde allí, varias naciones, en momentos diversos, creyeron representar al conjunto de la humanidad. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, cada uno de los campos creyó encarnar a la civilización. ¿ Puede producirse hoy este tipo de identificación ?. Por otro lado, ¿ qué estructura política, más allá del sistema de las Naciones Unidas podría expresar este lazo privilegiado de humanidad?

Las diferencias de competitividad económica, la tendencia natural a evitar concentraciones excesivas del poder

en manos de una sola potencia y el nacionalismo norteamericano que ha comenzado a manifestarse de manera activa, configuran un teatro complejo cuyo desenlace final en los próximos años puede ser un ascenso del nacionalismo japonés y la afirmación de viejas expresiones del nacionalismo europeo dentro del cual Alemania merezca quizás un tratamiento particular.

Es interesante observar sobre qué bases se produce la unificación alemana. Desde el punto de vista estrictamente económico no es un buen negocio este proceso en curso para la ex Alemania Occidental, por lo menos en el corto plazo, aunque sí puede serlo en el largo plazo. En este tránsito han prevalecido consideraciones de tipo político, cultural o nacional, aún a sabiendas que el costo económico sería elevado. Lo que sí es interesante destacar que en un mundo donde los números parecían dominar de manera absoluta la escena, aparecen situaciones y acontecimientos que demuestran cómo otro tipo de valores actúan sobre las personas. De allí nuestra oposición a declarar muertas las ideologías en función de criterios economicistas o mercantiles que pretenden evaluar desde allí la conducta humana.

El desfile de la victoria de Nueva York, las declaraciones antijaponesas del presidente de Chrysler: Lee Iacocca; Jean-Marie Le Pen en Francia; los nacionalismos vasco y catalán en España; la reunificación alemana y la extensión de su influencia hacia el Este de Europa; el ascenso iraní en el Golfo; para no hablar de serbios y croatas, de rusos y ucranianos, de armenios y azerís; de los chinos; de los indios; de Pinochet y el rearme chileno; en fin, el nacionalismo no sólo no ha muerto sino que ha recuperado un vigor renovado. Y no se trata de matar a Saddam Hussein para contener a una mala caricatura. No se trata entonces de frenar el nacionalismo en el Sur sino de admitir cómo éste crece en el Norte y cómo esta parte del mundo arrogante y prepotente intenta a través del discurso y la acción contener a un Sur en vías de subdesarrollo creciente.

Observamos entonces un proceso que avanza en una parte del globo y que tendrá repercusiones sobre el resto. Este proceso tiene por base a la teoría del equilibrio de Hume y la preocupación de las naciones desarrolladas ante el avance hegemónico de una de ellas. La base estructural del equilibrio actual tiende hacia la multipolaridad. Estamos en un período de transición: el mundo sale de la bipolaridad, con resabios de ésta y con dos superpotencias militares aún presentes; los EE UU desearían un planeta unipolar con ellos como centro hegemónico; pero emergen nuevos protagonistas, nuevos centros de poder que ya están marcando el carácter multipolar del sistema internacional durante los próximos años.

El conflicto está en la base de las cosas y no es dominio exclusivo de la vida del Estado. El conflicto es inherente a la vida social, afectiva, familiar, profesional, política, etc. La articulación actual entre conflictos, Estados-Nación y política internacional nos da la punta de una madeja global difícil de desentrañar.

Desde la caída del Muro de Berlín, muchos intentaron plantear la cuestión global en términos de competencia exclusivamente económica, descartando la política como elemento motor de la especie humana y, en consecuencia, anunciando el fin de la historia y de las guerras. Olvidaron estos analistas que la no guerra general desde 1945 obedeció más a la presencia de un instrumento -el armamento nuclear- que a una decisión deliberada; y que esto no fue obstáculo para que se desarrollaran eventos de guerra que no implicaran una escalada global. ¿Qué ocurrirá una vez desaparecido este instrumento como elemento de presión política? ¿Y qué ocurrirá en un mundo donde más de veinte naciones se están dotando de armamento nuclear?

La visión economicista, que ve al capitalismo como a un fin en sí mismo se equivoca. Se equivoca porque las empresas no son, en el límite, entidades soberanas, y persiste el uso de la fuerza, potestad del Estado-Nación, como última ratio potencial o real, para redefinir intereses. No se esperó el resultado de las sanciones económicas internacionales para obligar a Saddam a retirarse de Kuwait; se lo atacó masivamente con tropas

adiestradas y encuadradas por Estados-Naciones y no por la General Motors, la Mitsubishi o por la Shell. En este caso, la fuerza, tanto de un lado como del otro, se empleó para resolver una disputa de poder que afectaba principalmente a lo económico, petróleo mediante. No hay que hacer un esfuerzo demasiado grande para imaginar qué hubiera ocurrido con las economías de los países industrializados en caso de controlar Saddam los pozos de Kuwait amenazando a Arabia Saudita y a los Emiratos del Golfo.

Desde 1917 hasta hoy se impuso una verdadera globalización de las ideas donde las partes se articulaban en función de un todo. Subrepticamente, intereses particulares aprovecharon esta realidad para sacar ventaja en un mundo profundamente desigual. En la actualidad este escenario ha cambiado y el todo ya no presenta ni la fuerza ni la atracción de antaño. El capitalismo ha ganado la partida, pero no nos equivoquemos, no es un fin en sí mismo sino un medio más, como también lo había sido en la práctica el comunismo; un medio para obtener mayores cuotas de poder por parte de las naciones y mejores condiciones de vida y crecimiento para los pueblos.

Reaparece entonces en escena la política con mayúsculas, la gran política de las naciones, los intereses mundiales. A falta de referencia a cuestiones globales, se trata ahora de ubicar y defender intereses particulares en un medio poblado de realidades complejas y marcadas por especificidades no siempre demasiado armónicas. El Norte ya mostró cuál es su respuesta en la Guerra del Golfo, la discriminación en el comercio internacional, el proteccionismo, los subsidios, los nacionalismos, etc. El Sur también aparece dirigiéndose en la misma dirección.

Ante la ausencia de referencias globales los pueblos tienden a replegarse sobre sí mismos, en sus tradiciones, y aquí aparece el cuadro nacional, o regional, como ámbito adecuado para encarar los grandes desafíos por venir. La envergadura de los problemas, la importancia de lograr grados elevados de desarrollo científico y tecnológico en un planeta egoísta y acaparador del conocimiento, obliga a los pueblos a establecer mecanismos poderosos de cohesión interna donde la contradicción no pasa centralmente por la oposición entre diferentes actores sociales sino que éstos tienden a unirse en función de un objetivo trascendente y para el cual la nación o la región ofrecen un cuadro adecuado. Renan decía que la Nación "es un plebiscito cotidiano", para agregar luego: "Una nación es entonces una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios efectuados y aquellos otros que todavía estamos dispuestos a hacer".

Así como durante décadas lo social tuvo una referencia casi automática a lo internacional, hoy lo social se refiere a lo nacional. No existe mejora posible en la calidad de vida, disminución real de los índices de pobreza y de analfabetismo, si no se encara un proceso de cambio que involucre a la Nación en su conjunto y que permita una creación importante de riquezas con mecanismos equitativos de redistribución de las mismas.

Del mismo modo que los medios masivos de comunicación, los avances de la ciencia y la técnica facilitan la extensión y socialización del conocimiento y del desarrollo de los pueblos, en sentido contrario aparecen presiones y condicionamientos de los países que concentran entre sus manos estos medios para evitar una correlativa dispersión del poder en el mundo.

El modelo que ofrecen los neoconservadores tiene como eje un individualismo exacerbado cuya máxima expresión es el famoso "sálvese quien pueda". Esto rompe lazos solidarios y comunitarios y engendra reacciones muy fuertes, muchas veces irracionales, similares a aquellos obreros del siglo XIX que rompían las máquinas porque a ellas culpaban de su condición miserable. La propuesta individualista sólo contempla la salvación de algunos privilegiados, y lo que sucede en lo interno se puede trasladar también al mundo de las naciones, generando en una dimensión mayor las reacciones arriba descritas. Los acontecimientos recientes de Venezuela no se deben únicamente a las intenciones perversas de un militar desaforado, esto recoge sentimientos,

frustraciones y olvidos largamente soportados por amplios sectores de la población de este enclave petrolero.

Se ha producido un vacío de poder en el mundo que aún se debe repartir. La cuestión que se plantea entonces es cómo llegar a ocuparlo, a tener una porción aunque más no sea pequeña. Para ello, no está ausente en la mente de los aspirantes observar cómo llegaron otros al lugar que hoy ocupan. Es cierto que Alemania y Japón fueron destruidos luego de la Segunda Guerra Mundial y que aplicaron sus energías y culturas al trabajo y a la reconstrucción de sus naciones. Pero también es verdad que estos países no "nacieron de un repollo" en 1945 y que partieron de una base de acumulación del poder externo e interno que estuvo plasmado por guerras, conquistas y conformación de un fuerte espíritu nacional desde Bismark en un caso y desde la dinastía Meiji en el otro, casi un siglo antes de finalizar la segunda gran contienda bélica de este siglo. Podríamos decir que una buena aproximación del mundo actual es que los que tienen el poder no quieren perderlo y los que no lo poseen quieren conquistarlo, aprovechando los segundos una vacancia interesante para ascender algún peldaño en la escalera de la consideración internacional.

El ascenso de la religión en su expresión fundamentalista, en Medio Oriente, Norte de Africa y Asia Central, es una respuesta de los pueblos a décadas de opresión y postergaciones, a muchos años de haber oscilado entre los diferentes centros de poder del planeta para estar cada vez peor. Es la búsqueda de una identidad perdida ante culturas importadas que pretendieron avasallar tradiciones y costumbres milenarias. Es la respuesta a sectores internos que han aprovechado un recurso generoso como el petróleo para ostentar lujos y privilegios vergonzosos olvidándose de la suerte de millones de individuos.

Y aquí se plantea una cuestión interesante. Saddam no fue desalojado del poder en Irak, entre otras razones - porque, mal o bien, es aún un símbolo de la continuidad del Estado-nación iraquí y una solución al desmembramiento de este país árabe. El fundamentalismo islámico, muy activo hoy en Irán, Afganistán, India, Arabia Saudita, los territorios palestinos ocupados, Argelia y Egipto, constituye una respuesta ideológica de difícil contención. El Norte verá entonces su conveniencia en Medio Oriente apostando al fortalecimiento y afianzamiento del Estado-nación tradicional como una manera de detener un ola imparable, a juicio de quien escribe estas líneas, de reivindicaciones de todo tipo en una búsqueda afanosa de trascendencia y solidaridad.

¿Cómo reencontrar en naciones y pueblos jóvenes los lazos de solidaridad y cohesión internos que han sido la condición indispensable para el desarrollo en los países industrializados? ¿Cuáles son los mecanismos a través de los cuales millones de personas encontrarán un motivo trascendente que los induzca al sacrificio, al estudio y al trabajo más allá de las propuestas de "sálvese quien pueda" que envían los medios de comunicación masiva del Norte y que son sólo para unos pocos?

¿Qué espera el Norte de nosotros? Que no perturbemos la marcha de sus negocios. Que regalemos o malvendamos los únicos recursos naturales o industriales que nos quedan. Que cerremos la boca ante el proteccionismo y abramos nuestros mercados. En fin, que acudamos puntualmente a la cita para abonar nuestras deudas. Si así lo hacemos, allí están las revistas frívolas para tratar bien a algún presidente y declararnos parte de ese idílico primer mundo.

El problema es que la torta no alcanza para todos y el apetito es demasiado grande. Algunos ya están pronosticando una próxima guerra entre Japón y los EE UU. Nos cuesta creer después de todo lo vivido que por buena voluntad o arte de magia nos permitirán entrar a este universo tan competitivo sólo porque nos portamos bien o hacemos prolijamente los deberes. El lugar hay que ganarlo y esto no es tarea fácil, nadie regala nada, y aquí sí debemos imitar a las naciones avanzadas para estudiar cómo llegaron allí donde hoy se encuentran.

Coexisten las dos tendencias entonces: una, hacia la globalización, resultado del avance de la ciencia y de la técnica; otra, hacia el cierre de las fronteras para plantear la competencia en términos casi militares. Ambas tendencias se encuentran presentes en todo el planeta, en el Norte y el Sur, y ambas caminan juntas, interrelacionadas. Lo importante es saber combinar las dos con inteligencia y poder disponer de las fuerzas necesarias y el poder en el momento adecuado.

Frente a tamaña complejidad la tradición vuelve, partir de lo propio para proyectarse hacia afuera y evitar que la dinámica en curso destruya a toda una sociedad. El desarrollo se puede medir en índices de PBI, de producción, de crecimiento, etc. Lo que no se puede medir es el grado de cohesión de un pueblo que es la condición sine qua non para alcanzar el desarrollo. Esto es una tarea esencialmente política, entendiendo a la política en su sentido más elevado y noble, una tarea que demanda grandes conductores y grandes organizaciones.